



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

¿Deberíamos esperar Más del Espíritu?



¿Son las señales y maravillas para hoy?

¿DEBERÍAMOS ESPERAR MÁS DEL ESPÍRITU?

CONTENIDO

| | |
|------------------------------|----|
| ¿Cuál es la respuesta? | 2 |
| ¿Qué más necesitamos? | 4 |
| ¿Más señales? | 7 |
| ¿Más revelaciones? | 14 |
| ¿Más sanidades? | 21 |
| ¿Más armas? | 26 |
| Grandes expectativas | 32 |

A los primeros discípulos de Cristo los acompañaron señales y prodigios.

¿Deberíamos esperar hoy la misma evidencia del poder del Espíritu? Un número cada vez mayor de personas dice que sí.

En las páginas siguientes, Kurt De Haan responde a los que están atrapados en la difícil tensión de querer creer que «todas las cosas son posibles», sin ser presuntuosos delante de Dios, ni simples delante de los hombres.

Es nuestra oración que este librito nos ayude a estar preparados para cualquier cosa que Dios quiera hacer, y al mismo tiempo, a estar alertas al peligro de aquellos que afirman hacer milagros difíciles de ver o de probar. Ojalá que no seamos una generación que tenga una señal que no crea, ni que desee una señal que no necesite.

Martin R. De Haan II

Título del Original: *Should We Expect More From The Spirit?*

ISBN: 978-1-58424-457-8

Foto de la cubierta: R. Watts / West Lighti

SPANISH

Las citas de las Escrituras son tomadas de la versión Reina-Valera, 1960.

Copyright © 1997, 2006 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan

Printed in USA

¿CUÁL ES LA RESPUESTA?

Algo andaba mal, pero no podía entender qué. El auto de la familia encendía a duras penas. Había comprado una batería nueva unos meses antes y un alternador reconstruido el año anterior. Llevé el auto a un mecánico. Después de revisarlo concluyó que el problema era una correa ligeramente floja. La apretó, cargó la batería, y me pasó la cuenta.

Sin embargo, unas semanas más tarde, el auto tuvo problemas de nuevo para encender. No tenía la fuerza necesaria para arrancar. Debido a que se había quemado un fusible hacia poco, me imaginé que el problema era un corto circuito, por lo que saqué los fusibles y revisé los alambres, pero no vi nada anormal.

Volví al mecánico. Esta vez hizo otras pruebas. Yo me

había equivocado y él también en su primer diagnóstico. El mecánico descubrió al verdadero culpable: la batería estaba defectuosa. A pesar de que era bastante nueva, no conservaba la potencia suficiente para que el auto operase debidamente. Fue necesario cambiarla. ¡Qué diferente con una batería nueva! ¡Volvió a tener potencia!

Hay días en los que parece que no podemos arrancar para hacer lo que debemos hacer para el Señor. Tal vez sabemos que la Biblia dice que el Espíritu Santo mora en los seguidores de Cristo, pero puede que no sintamos la diferencia que produce su presencia. Al leer el Nuevo Testamento podríamos concluir que nos falta la clase de poder espiritual que agitó a la iglesia primitiva.

Puede ser que nosotros, nuestros parientes o nuestros amigos estemos pasando por problemas emocionales, físicos

o espirituales que no parecen mejorar. Vemos creyentes que parecen estar perdiendo la lucha contra las fuerzas del mal. Nuestra sociedad se está deteriorando. Tal vez estamos frustrados porque a nuestro testimonio y servicio les falta poder. Nuestros momentos de adoración pueden ser rutinas atascadas en tradiciones aburridas. Nuestra fe puede parecer ineficaz para relacionarse con los asuntos de la vida real, como la crianza de los hijos, las relaciones maritales tirantes, las tentaciones, los vicios, las injusticias, las enfermedades debilitantes y las presiones en el lugar de trabajo.

¿Ofrece la vida cristiana algo más de lo que usted y yo experimentamos? Probablemente. Hasta el apóstol Pablo, que era espiritualmente maduro, anhelaba una relación con Jesús mayor y más profunda (Filipenses 3:10), y oraba para que otros creyentes

conociesen a Cristo mejor y experimentasen más plenamente el poder del Espíritu Santo en sus vidas (Efesios 1:17-19).

Muchas personas y grupos hoy día nos dicen cómo vivir la vida cristiana más plenamente. Pero no todos tienen una base bíblica sólida. Necesitamos tener cuidado y discernimiento para no aceptar «soluciones rápidas» que no llegan a la raíz del problema. Evidentemente, no necesitamos un diagnóstico que perjudique en lugar de ayudar.

Para evitar los extremos de conformarnos con un cristianismo anémico y pasivo o buscar un tipo de poder y experiencia espiritual que Dios nunca prometió darnos, tenemos que saber lo que la Biblia dice que podemos esperar del Espíritu Santo.

¿QUÉ MÁS NECESITAMOS?

He oído o leído historias similares una y otra vez: algunos seguidores de Jesús cuentan cómo llegaron a un momento en su vida en que anhelaban una relación más íntima con el Señor, una forma de adorar más significativa, o una mayor efectividad en su servicio o evangelización. Entonces encontraron «algo más». Lo que hallaron tiene muchas formas diferentes.

Algunos encuentran lo que buscan en lo que podríamos considerar una secta. Ahí pueden hallar un fuerte liderazgo, un sentido de comunidad, una identidad única, y «revelaciones» nuevas para complementar (e incluso invalidar) la Biblia.

Hasta dentro del cristianismo ortodoxo, la búsqueda de algo más ha llevado a las personas en diferentes direcciones. Una

nueva denominación promueve formas tradicionales de adoración que afirma han sido heredadas de la iglesia primitiva. Encuentran más seguridad en una organización muy estructurada, una adoración predecible y una autoridad firme.

El corazón de la vida cristiana es nuestra relación con el Espíritu.

Otros creyentes desean liberarse de la tradición y permitir una mayor espontaneidad y una expresión individual. Entre estas personas están los que buscan experiencias dramáticas en las que perciben místicamente el poder del Espíritu Santo en acción.

Este es un tema crucial que tenemos que entender.

Después de todo, el corazón de la vida cristiana es la manera en que nos relacionamos con el Espíritu Santo. El Nuevo Testamento hace hincapié en la importancia de la obra del Espíritu en nuestras vidas. Por ejemplo:

- «*El espíritu es el que da vida . . .*» (Juan 6:63).
- «*. . . y os dará [el Padre] otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; el Espíritu de verdad . . . mora con vosotros, y estará en vosotros*» (Juan 14:16,17).
- «*Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos . . .*» (Hechos 1:8).
- «*. . . y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios*» (Hechos 4:31).
- «*. . . Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él*» (Romanos 8:9).
- «*Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*» (Romanos 8:13,14).
- «*Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles*» (Romanos 8:26).
- «*Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido*» (1 Corintios 2:12).
- «*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros . . . ?*» (1 Corintios 6:19).
- «*Pero a cada uno le es*

dada la manifestación del Espíritu para provecho» (1 Corintios 12:7).

- «. . . ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?» (Gálatas 3:3).
- «Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne» (Gálatas 5:16).
- «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, mansedumbre, templanza . . .» (Gálatas 5:22, 23).
- «Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu» (Gálatas 5:25).
- «. . . sed llenos del Espíritu» (Efesios 5:18).
- «orando . . . en el Espíritu . . .» (Efesios 6:18).
- «. . . Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado» (1 Juan 3:24).
- «. . . mayor es el que está en vosotros, que el que

está en el mundo»

(1 Juan 4:4).

Como puede ver, el Espíritu Santo desempeña un papel vital en nuestras vidas. Necesitamos una mayor apreciación de su poder en nosotros. Seríamos necios si no nos abriéramos y nos sometiéramos a su obra en nosotros individualmente y como iglesias.

Pero, ¿cómo obra el Espíritu? ¿Esperamos muy poco de Él a veces, o más de lo que Dios ha prometido claramente que haría? Si nos vamos a cualquiera de los extremos podríamos en realidad obstaculizar al Espíritu que creemos estar honrando.

Al examinar este tema de lo que deberíamos esperar del Espíritu, estudiaremos cuatro asuntos que han sido causa de discusión y hasta de controversia. Procuraremos contestar las cuatro preguntas siguientes:

1. ¿Necesitamos más señales?

2. ¿Necesitamos más revelaciones?
3. ¿Necesitamos más sanidades?
4. ¿Necesitamos más armas?

¿MÁS SEÑALES?

¿Se imagina la expresión en los rostros de más de 5.000 personas que vieron a Jesús multiplicar cinco panes y dos peces? (Juan 6). ¡Qué demostración más increíble debe haber sido! Fue una exhibición impresionante del poder del Espíritu Santo obrando a través de Jesús, confirmando así su afirmación de ser el Mesías prometido.

Los tres años de ministerio de Jesús se caracterizaron por muchos milagros. Jesús demostró tener poder sobre la naturaleza cuando:

- calmó una tormenta (Mateo 8:23-27)
- caminó sobre agua (Mateo 14:25)
- multiplicó panes (Mateo 14:15-21; 15:32-38)
- sacó una moneda de la

boca de un pez (Mateo 17:24-27)

- secó una higuera (Mateo 21:18-22)
- pescó muchos peces (Lucas 5:4-11; Juan 21:1-11)
- cambió el agua en vino (Juan 2:1-11)

Jesús sanó personas de:

- lepra (Mateo 8:2-4; Lucas 17:11-19)
- parálisis (Mateo 8:5-13; 9:1-8; Juan 5:1-9)
- fiebre (Mateo 8:14-17; Juan 4:46-51)
- posesión demoníaca (Mateo 8:28-34; 9:32, 33; 15:21-28; 17:14-18; Marcos 1:23-26).
- hemorragia crónica (Mateo 9:20-22)
- ceguera (Mateo 9:27-31; 12:22; 20:29-34; Marcos 8:22-26)
- una mano seca (Mateo 12:10-13)
- sordera (Marcos 7:31-37)
- encorvadura (Lucas 13:11-13)
- hidropsia (Lucas 14:1-4)
- una oreja cortada

(Lucas 22:50, 51)

Jesús también resucitó a muchas personas (Mateo 9: 18-25; Lucas 7:11-15; Juan 11:1-44). Y Él mismo resucitó de la tumba en el poder del Espíritu (Mateo 28; Romanos 1:4; Efesios 1:19,20).

¿Por qué hizo Jesús tantos milagros? En toda la historia bíblica ha habido milagros, pero en la mayoría de los casos ocurrieron en grupos en épocas en que Dios estaba revelando información nueva significativa y autenticando a los mensajeros. Esos períodos de gran importancia fueron: 1) el éxodo y el establecimiento de Israel como nación bajo el liderazgo de Moisés y Josué, 2) la época de los profetas Elías y Eliseo, y 3) la venida de Jesús y el establecimiento de la Iglesia por medio de los apóstoles.

Las señales y prodigios que Jesús hizo dieron amplia evidencia de que Él era quien decía ser. Aquel que hizo

señales y prodigios, Aquel que cumplió las profecías del Antiguo Testamento, Aquel que vivió una vida perfecta, Aquel que resucitó de entre los muertos, y Aquel que volverá para establecer su reino en la tierra, Jesús es supremamente digno de nuestra completa confianza.

Juan terminó su evangelio exponiendo la razón por la cual escribió los milagros de Jesús. Esto fue lo que dijo:

Hizo además Jesús muchas otras señales . . . Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (Juan 20:30,31).

¿Cómo duplicaron los apóstoles el ministerio de Jesús? En varias ocasiones, Jesús dio poder a otros para que llevasen a cabo su ministerio. Envió a sus doce discípulos en una misión especial a los judíos y les dio el poder de echar fuera demonios y de sanar

enfermedades (Lucas 9:1-6). Posteriormente, Jesús escogió a otros setenta y los envió de dos en dos a las ciudades que estaba a punto de visitar (Lucas 10). Habían de proclamar que el reino de Dios estaba cerca (v. 9), habían de sanar enfermos (v. 9) y recibieron autoridad para derrotar demonios (vv. 17-19).

El libro de los Hechos registra varias ocasiones en las que los apóstoles se involucraron en sanidades y en echar fuera demonios (3:2-16; 5:12-16; 9:36-42; 20:6-12; 28:1-6). Estos milagros sirvieron para dar crédito al mensaje de los apóstoles. Sólo dos hombres que no eran apóstoles obraron milagros: Esteban y Felipe, los «diáconos» comisionados especialmente (Hechos 6:5,8; 8:5-13).

Los apóstoles desempeñaron una función única en el establecimiento de la iglesia primitiva. Efesios 2:20 afirma que la Iglesia está

«[edificada] sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo». El apóstol Pablo se refirió a los milagros como la marca de un verdadero apóstol. Al describir su propio ministerio escribió: «Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros» (2 Corintios 12:12).

Algunos grupos religiosos afirman que todos los creyentes hoy tienen la misma misión que los apóstoles. Pero en ninguna parte del Nuevo Testamento encontramos creyentes de hoy comunes haciendo los tipos de milagros dramáticos que hicieron los apóstoles. Los apóstoles fueron comisionados de una manera única para la etapa de la fundación de la Iglesia.

¿Cómo experimentó la iglesia primitiva el poder milagroso del Espíritu de Dios? Además de la obra de

los doce discípulos de Cristo y de los setenta embajadores especiales, Cristo dio dones a algunas personas de la iglesia primitiva para que llevasen a cabo ministerios especiales. Esos dones del Espíritu aparecen en la lista de dones de 1 Corintios 12. Los que causan mayor debate hoy son los «dones de sanidades», los «milagros», la «profecía», las «lenguas» y la «interpretación de lenguas» (vv. 9,10).

Algunos cristianos dicen que estos dones ya no están activos en la iglesia hoy, que murieron en el primer siglo porque su propósito se había cumplido. Otros creen que esos dones cayeron en desuso porque la Iglesia se secularizó rápidamente y necesitaba reavivamiento. Los que dicen que dichos dones son válidos hoy señalan períodos de la historia reciente en los cuales los creyentes sintieron haber experimentado una obra especial del Espíritu, ya fuese sanidades, profecías o lenguas.

A mediados del siglo II, algunos creyentes, anhelando las experiencias de la iglesia apostólica, reaccionaron contra un formalismo cada vez mayor que pareció apagar la vida de la Iglesia. Un hombre llamado Montano, que vivía en Asia Menor, pensó que tenía la respuesta a los problemas de la Iglesia.

*Pero a cada uno
le es dada la
manifestación
del Espíritu
para provecho.*

—I Corintios 12:7

Según el historiador Howard Vos, el movimiento montanista hacia hincapié en dones espirituales especiales, y en algunas áreas requería una autonegación estricta en un esfuerzo por agradar a Dios. Vos afirma: «Aunque por lo general era ortodoxo,

su énfasis en los dones espirituales tales como la continuación de la revelación profética y su requerimiento de prácticas ascetas como si fuesen verdades reveladas hicieron que fuese de condenar. La Iglesia declaró que la revelación bíblica había llegado a su fin y que los dones espirituales especiales ya no estaban vigentes» (*Beginnings in Church History*, Moody Press, 1977, p. 39).

Algunos movimientos de la Iglesia de hoy tienen mucho en común con el montanismo. Hacen hincapié en la continuación o reavivamiento de todos los dones del Espíritu. Se centran en demostraciones del poder de Dios, sobre todo en sanidades físicas y en la liberación de personas que sufren influencia demoníaca. Nos dicen que para evangelizar eficazmente, necesitamos demostraciones dramáticas. Promueven las experiencias exaltadas como evidencias de la presencia

del Espíritu. Quieren ser más abiertos a las revelaciones directas y a las impresiones que da el Espíritu.

¿Cuáles dones

necesitamos hoy? Esa es una pregunta difícil de contestar, ya que estoy seguro de que ni usted ni yo queremos ser culpables de poner limitaciones a lo que pensamos que Dios puede o quiere hacer. Otro problema es que las afirmaciones de aquellos que dicen poseer algunos de los dones más espectaculares son difíciles de verificar.

También hemos de tener en cuenta que la Biblia no parece darnos una clasificación estricta de todas las habilidades que Dios confiere a los creyentes para el bien de la Iglesia. Las listas de dones espirituales se dan sólo en tres lugares del Nuevo Testamento (véanse Romanos 12:6-8; 1 Corintios 12:8-10, 28-30; Efesios 4:11), y los que se mencionan varían mucho. No

tenemos indicación alguna de que debemos adoptar ninguna de estas listas como catálogo definitivo de cómo obrará el Espíritu en cada generación.

Entre los dones están los que tenían un propósito definitivo en la fundación y establecimiento de la iglesia primitiva: apóstoles y profetas (Efesios 2:20). Los dones de lenguas y profecía también desempeñaban el papel de ayudar a los primeros creyentes antes de que tuviesen una colección establecida de los escritos del Nuevo Testamento.

Otros dones, como los de maestro, ayuda, servicio, misericordia, exhortación, administración, sabiduría o conocimiento espiritual, ofrendas, evangelización y pastor parecen tener una aplicación eterna a través de la historia de la Iglesia. Y estos se expresan comúnmente en las iglesias de hoy.

Algunos dones, como los milagros y las sanidades,

también parecían desempeñar un papel crucial en la fundación de la Iglesia y sólo han tenido una expresión esporádica en la historia de la Iglesia. (Estudiaremos el tema de la sanidad en las páginas 20-25.)

¿Cuáles señales de la actividad del Espíritu Santo deberíamos esperar? Antes de que Jesús se fuese de esta tierra, anunció que después de su partida enviaría al Espíritu (Juan 14:16,17; 16:7; Hechos 1:4-8). Durante este período entre la Primera y la Segunda venidas de Cristo, el Espíritu Santo obra activamente para dar convicción de pecado y vida espiritual, así como para ayudar a los creyentes a vivir de tal manera que glorifiquen a Jesús. La misión primordial del Espíritu es llevar a cabo las órdenes de Cristo (Juan 17:12-15).

No necesitamos «señales y prodigios» dramáticos para madurar ni para ministrar. Los cultos de las iglesias no

deberían ser escenarios de experiencias fuera de control bajo el pretexto de «permitir que el Espíritu haga su obra». Nuestro Señor es un Dios de orden (1 Corintios 14:40), y produce el fruto del dominio propio (Gálatas 5:23).

La generación mala y adultera demanda señal. —Jesús

Cuando la gente pidió a Jesús una señal, Él les dijo que «la generación mala y adultera demanda señal» (Mateo 12:39). Tenían curiosidad, pero no estaban listos para arrepentirse y seguirle. Hoy existe el mismo problema entre creyentes que quieren un espectáculo de poder sobrenatural, pero que tienen poco deseo de participar en la autodisciplina espiritual necesaria para el crecimiento personal.

A medida que la verdad del

evangelio se introduce en culturas dominadas por la actividad demoníaca, Dios puede exhibir su poder dramáticamente. A veces los misioneros cuentan de «encuentros de poder» dramáticos cuando el evangelio se introduce en culturas paganas. Pero esa es la excepción, no una experiencia normal cotidiana. Nos equivocaríamos si negásemos la posibilidad de que Dios pueda hacer un milagro dramático para dar crédito a un misionero, pero nos equivocaríamos también si esperásemos que esas situaciones ocurriesen regularmente.

En los días anteriores al regreso de Cristo, podemos esperar señales de falsos profetas y maestros que quieren que la gente crea que ellos son «ministros de justicia» (2 Corintios 11:13-15). Jesús advirtió: «Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán

grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos» (Mateo 24:24).

¿Y si no vivo una experiencia espiritual dramática?

A pesar de todas las protestas en contra, los que promueven las experiencias de lenguas, sanidades, revelaciones proféticas, palabras de ciencia y sensaciones exaltadas, en cierta manera intimidan a los que no comparten sus experiencias o a quienes cuestionan su validez. Yo personalmente me he sentido intimidado al leer libros y escuchar oradores que promueven experiencias inusuales.

El apóstol Pablo advirtió a los creyentes corintios contra los falsos maestros que estaban tratando de obligarlos a someterse con afirmaciones increíbles de autoridad espiritual (2 Corintios 11:1-15). Decían ser superiores ¡incluso a Pablo! El apóstol

los llamó sarcásticamente «grandes apóstoles» (v. 5). Le preocupaba que los creyentes fuesen desviados de la simple verdad del evangelio.

Seríamos ingenuos si pensásemos que no nos acecha la misma amenaza hoy. Por eso debemos examinar cuidadosamente nuestra fe, evaluar lo que nos dicen, y probar todas las cosas por lo que Dios ha dicho en su Palabra segura y digna de confianza. Seríamos sabios si evaluásemos toda enseñanza por la segura Palabra de Dios, como hicieron los bereanos. Ellos «escudriñaban las Escrituras» para ver si lo que el apóstol Pablo les predicaba era verdad (Hechos 17:11).

¿MÁS REVELACIONES?

¿Alguna vez ha intentado hacer un pastel sin receta?, ¿programar una videocasetera sin un manual de instrucciones?, ¿hacer un vestido sin patrón?, ¿criar hijos

sin consejos?, ¿encontrar una dirección en una ciudad que no conoce sin un mapa?, ¿vivir la vida cristiana sin que le enseñen cómo?

*Pero temo que . . .
vuestros sentidos
sean de alguna
manera extraviados
de la sincera
fidelidad a Cristo.*

—Pablo (2 Corintios 11:3)

Para conocer a Dios y vivir de tal manera que le agrademos, necesitamos información. Las instrucciones para conocer a Dios no las traemos integradas cuando nacemos. De hecho, no sabríamos lo suficiente acerca del Señor para apreciar su grandeza, nuestra necesidad de salvación y cómo encontrar aceptación en Él si no fuese porque Él se ha revelado a

través de la historia por medio de apariciones especiales, mensajeros angélicos, profetas, apóstoles y la colección de escritos inspirados que llamamos la Biblia.

¿Sigue Dios escribiendo la Biblia? ¿Habla por medio de profetas modernos como Elías o Jeremías? ¿Está comunicando ideas a algunas personas para su propio bien o el bien de la Iglesia? ¿Cuánta información nueva está revelando? Cuando las personas se ponen de pie en una de nuestras reuniones y dan al resto de la congregación una «palabra que viene directamente del Señor» respecto a un voto sobre el presupuesto anual, un proyecto de construcción o la designación de un nuevo pastor, ¿deberíamos creerle?

Las respuestas a las preguntas antes citadas no son tan claras como nos gustaría que fuesen, pero creo que la Biblia nos da algunas directrices por las cuales

podemos juzgar la validez de las afirmaciones de nuestros días.

¿Nos dice la Biblia suficiente acerca de Dios?

Según el apóstol Pablo, la Palabra escrita contiene todo lo que necesitamos para conocer a Dios y vivir de tal manera que le agrademos.

Pablo escribió:

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (2 Timoteo 3:16,17).

La Biblia nos da la verdad doctrinal, señala la herejía, corrige la conducta errada, y nos dice cómo vivir de tal manera que agrademos al Señor. Según Pablo, esas verdades son suficientes para llevarnos a la madurez espiritual y equiparnos cabalmente para la vida. Nuestro verdadero problema hoy no es falta de información,

sino que no leemos ni obedecemos la instrucción clara que Dios ya nos ha dado.

No obstante, de vez en cuando a través de la historia, ciertas personas y grupos han afirmado recibir información adicional directamente de Dios. Uno de los primeros ejemplos de esto fue la secta fundada por Montano, a quien nos referimos antes (p. 10). Ya en el segundo siglo, la gente sentía la necesidad de tener más revelaciones, y puesto que la colección de las Escrituras del Nuevo Testamento todavía no se había ratificado ni reconocido, muchas personas no estaban seguras de si Dios seguía hablando por medio de profetas.

Según Harold O. J. Brown, Montano «se consideró a sí mismo el último de los grandes profetas, después de quien vendría el establecimiento de la Jerusalén celestial». Creía que tenía un

don profético especial, el cual compartió con dos profetas, Maximila y Prisca. Brown explica: «Los montanistas . . . eran ortodoxos respecto a la doctrina de Dios . . . y sólo querían intensificarla agregando una nueva revelación propia» (*Heresies, Doubleday*, 1984, pp. 66-67).

Dentro de la Iglesia cristiana hoy día, entre los que profesan una fe firme en las verdades ortodoxas acerca de Dios, hay creyentes que creen (como creía Montano) que

Profeta: uno que habla por inspiración directa en nombre de Dios comunicando un mensaje dirigido por el Espíritu (2 Pedro 1:21).

Profecía: el mensaje o las palabras de un profeta. Dependiendo de la situación, este mensaje toma la forma de predicción, dirección, corrección o aliento.

Don de profecía: en la Iglesia del Nuevo Testamento, esto era evidente en la predicción del futuro, y era una habilidad especial de edificar a los creyentes al transmitir mensajes autorizados.

están experimentando un derramamiento del Espíritu Santo en los últimos días. Pero el montanismo fue declarado hereje y se enfatizó la suficiencia de las Escrituras. ¿Deberíamos nosotros hacer menos hoy?

Los muchos grupos sectarios que han surgido desde el primer siglo también han afirmado tener revelaciones especiales adicionales procedentes de Dios. A pesar de que usan la Biblia y hablan de Cristo, agregan sus propias enseñanzas autoritarias, las cuales muchas veces contradicen la Biblia.

¿Cómo podemos probar a alguien que dice ser profeta? En Deuteronomio 18, Dios dio las calificaciones de un verdadero profeta:

El profeta que tuviere la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado hablar, o que hablare en nombre de dioses ajenos, el tal profeta

morirá. Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado?; si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliera lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él (Deuteronomio 18:20-22).

¿Pasan esta prueba los profetas de los tiempos modernos? ¿Se cumplen sus profecías? ¿O son tan confiables como los astrólogos? Ellos mismos admiten que muchos de los profetas de los tiempos modernos evitan la prueba de precisión total definiendo de nuevo la profecía para hoy. Dicen que el don de profecía es menos autorizado, por lo que la prueba del Antiguo Testamento no se aplica. Y cuando un «profeta» dice algo que no se cumple, sus defensores afirman que los mensajeros a veces confunden los mensajes de Dios. Pero

esta nueva definición parece ser un intento de justificar el deseo actual de tener más revelaciones de Dios a pesar de que los profetas modernos tienen un récord muy deficiente.

Decir que se habla en nombre de Dios es una afirmación imponente.

Neil Babcox pastoreaba una iglesia de Illinois, EE.UU., que creía que Dios estaba hablando a través de creyentes en la profecía moderna. De hecho, procuró el don y creía que Dios estaba hablando a través de él y de otros en diferentes momentos para edificar el grupo de creyentes locales. Pero entonces, escribe Babcox: «Lo que había empezado como una especulación romántica, una búsqueda idealista de dones

espirituales, estaba cambiando lenta e imperceptiblemente. ¿En qué? No estoy seguro. Todo lo que sabía era que la emoción y el romance de profetizar se estaban convirtiendo en una incómoda sensación, tanto que a las profecías que escuchaba, incluyendo las mías, apenas se les podía llamar profecías. La idea de que eran palabras del Dios vivo estaba empezando a parecer dolorosamente absurda» (*A Search for Charismatic Reality*, Multnomah Press, 1985, p. 52).

Luego Babcox dice: «En mi caso, cuatro simples palabras desempeñaron un papel decisivo para cambiar mi corazón: así dice el Señor. Para mí, esas fueron las palabras más perturbadoras. . . No podía evitar pensar que si las profecías que se daban en nuestra iglesia se relacionaban realmente con las profecías registradas en las Escrituras, eran parientes muy lejanos . . . ¿Qué evidencia había de que

no estábamos siguiendo simplemente nuestros propios espíritus en vez del Espíritu de Dios? No pude encontrar evidencia alguna en la Biblia de que las profecías se comunicaran por mera intuición o impresiones subjetivas. No obstante, en casi todos los casos, así era como recibíamos las nuestras. Y esas impresiones e intuiciones no podían ser autenticadas de ninguna forma objetiva» (*Ibid.*, pp. 53-55).

En agudo contraste, el profeta Ezequiel del Antiguo Testamento no tenía ninguna duda de que el Señor estaba hablando a través de él, y condenó a los profetas falsos. Ezequiel dijo: «Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, profetiza contra los profetas de Israel que profetizan, y dí a los que profetizan de su propio corazón: Oíd palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de los profetas insensatos, que andan en pos

de su propio espíritu, y nada han visto!» (Ezequiel 13:1-3).

¿Deberíamos esperar mensajes directos de Dios vía voces o impresiones audibles? ¿Ha prometido Dios hablarnos de esta forma?

Recientemente se han escrito varios libros respecto al tema de escuchar la voz de Dios por medio de impresiones subjetivas. Mucho de lo que dicen esos libros es loable cuando se trata de nutrir una estrecha relación con Cristo y de depender del Espíritu que mora en nosotros. Lo que los autores dicen acerca de la necesidad de meditar en las Escrituras y de orar de todo corazón es, muchas veces, excelente. Pero luego se alejan de lo que la Biblia dice que podemos esperar al afirmar que todos podemos tener conversaciones íntimas con Dios. Según los ejemplos que dan los autores, Dios da instrucciones sobre asuntos como la manera de arreglar una tubería que gotea, o cómo

lidiar con asuntos específicos en la crianza de los hijos.

Indudablemente, Dios puede hablarnos por medio de impresiones. Puede guiar nuestros pensamientos de manera que sepamos qué decir cuando estamos testificando. Puede ayudarnos a encontrar soluciones a problemas difíciles. Puede guiar nuestro ministerio.

Cuando el Señor hable, no nos quedará duda de ello.

Pero en ninguna parte de la Biblia se nos promete la clase de impresiones que nos dan el derecho de decir a otros: «El Señor dice» que debes hacer esto o aquello. Tengamos cuidado de no poner palabras en Su boca. ¿Nos damos cuenta de lo imponente que es decir que hablamos por Dios?

No nos dejemos intimidar para aceptar a todo el que se autoprolama profeta sólo porque no queremos ser culpables de silenciar al Señor. Cuando el Señor hable, no nos quedará duda de ello. La verdadera profecía acepta que se la examine y pasa la prueba (1 Tesalonicenses 5:21; 1 Juan 4:1).

¿MÁS SANIDADES?

Me encontraba cambiando los canales del televisor un día cuando vi un predicador que sudaba profusamente mientras se movía de un lado a otro del auditorio. Me senté a escuchar lo que estaba pasando.

Después de hacer una pausa para limpiarse las cejas y secarse el sudor del cuello con un pañuelo blanco grande, el orador mencionó al auditorio que sentía que Dios quería que pidiese a todos los que tuvieran cáncer que pasaran al frente porque Dios deseaba curarlos. Luego se volvió a la cámara y dijo que

cualquier persona del auditorio o de entre los televidentes que creyese que Dios quería que una persona sufriera de cáncer, estaba horriblemente equivocada. Su Dios —dijo él— nunca enviaría sufrimiento a propósito a una persona. Incluso dijo que nunca serviría a un Dios que hiciese una cosa así. Su Dios —dijo gritando— era el Dios que sana nuestras enfermedades y que cura nuestros cánceres si creemos y se lo pedimos. La transmisión televisiva terminó cuando el predicador colocó las manos sobre cada persona y oró por su curación. Implicó que serían sanados: sin duda alguna.

¿Qué cree usted? ¿Estaba ese hombre actuando por fe o por presunción? Examinemos algunos pasajes de las Escrituras y contestemos algunas preguntas cruciales para tratar de llegar a una perspectiva que, por encima de todo, reconozca el poder y

el plan de Dios para nuestra salud en este mundo.

¿Por qué nos enfermamos? ¿Por qué morimos? ¿Por qué nos enfermamos? ¿Por qué morimos? ¿Deberíamos esperar que Dios nos libre de enfermedades y de la muerte porque Cristo murió en la cruz por nuestros pecados? Me parece interesante cómo algunos predicadores que dicen que Dios desea que disfrutemos de buena salud pueden separar la enfermedad de la muerte. Nunca oigo a nadie decir que uno no moriría si simplemente le pidiera a Dios que lo mantuviera vivo. No obstante, la misma lógica se aplica a la enfermedad. Hay quienes dicen que no tenemos que estar enfermos si sencillamente pedimos a Dios que nos sane.

Para tratar con este asunto tenemos que retroceder un poco y analizar por qué la gente se enferma. Al principio de la historia humana, Adán y

Eva no tenían que preocuparse por la gripe ni por comprar seguro de vida. Si no hubiesen desobedecido el mandamiento de Dios de no comer el fruto del único árbol prohibido, hubiesen vivido para siempre en perfecta salud. Pero cuando tomaron del fruto prohibido fueron destinados a morir. Los efectos de su decisión voluntaria de pecar repercutieron en cada átomo del universo. De ahí en adelante, los cardos, el dolor y la muerte sería parte inescapable de la existencia humana.

En todo el Antiguo Testamento encontramos enfermedad y muerte. En algunas ocasiones, Dios sanó milagrosamente (Números 12:10-15; 21:6-9; 1 Reyes 13:3-6; Isaías 38:21), y unas cuantas veces hasta resucitó a algunos de la muerte (1 Reyes 17:17-23; 2 Reyes 4:32-37; 13:21).

¿Por qué hubo tantas sanidades en la época de

Jesús y los apóstoles?

Cuando llegamos a los Evangelios del Nuevo Testamento, nos choca ver la abundancia de sanidades que Jesús y sus discípulos realizaron. Parece que dondequiera que Jesús fue predicó las buenas nuevas del reino y sanó personas.

Las señales y los prodigios acompañaron el ministerio de Jesús y eran las marcas de un apóstol (2 Corintios 12:12). Nunca se prometieron a los creyentes en general. A medida que se escribieron los libros posteriores del Nuevo Testamento, no leemos mucho sobre lo espectacular y milagroso. La abundancia de milagros que acompañó al ministerio de Jesús y la expansión inicial del evangelio a nuevas tierras pareció disminuir. Los últimos libros del Nuevo Testamento parecen más bien sin acontecimientos notables comparados con el drama y los emocionantes relatos milagrosos en los

primeros años de la Iglesia cuando los apóstoles ministraban. Nunca más en la historia de la Iglesia ha habido un período que haya rivalizado con los increíbles milagros del tiempo de Cristo y los apóstoles.

El contraste entre los supuestos ministerios de sanidades de hoy y el ministerio de sanidad de Jesús y los apóstoles es muy agudo. La mayoría de las curaciones de hoy parecen ser de origen psicosomático y difíciles de probar. Eso no quiere decir que Dios no cure hoy — ciertamente que puede y lo hace— pero tenemos que tener cautela con las afirmaciones de los sanadores.

No tenemos ninguna razón para esperar que en esta vida vamos a escapar de las enfermedades o que no moriremos. Vivimos con cuerpos no glorificados en un mundo que ha sido devastado por los efectos del pecado y la obra de Satanás. Cualquier

sanidad física que Dios escoja dar es únicamente una solución temporal, porque todo el mundo a la larga muere de algo.

¿Podemos hacer algo respecto a la enfermedad y al sufrimiento? Sí podemos, y debemos. Debemos orar por los enfermos y luchar por tener buena salud en todas las áreas de la vida personal y en nuestra sociedad. No deberíamos vacilar en pedirle al Señor que nos alivie del sufrimiento.

Desafortunadamente, muchas veces somos demasiado renuentes a creer que Dios tiene el poder de sanar. Oramos por las habilidades de los médicos, por la eficacia del medicamento, y por consuelo para el enfermo, pero tendemos a no pedirle a Dios una restauración más directa de la salud.

Santiago, cerca del final de su corta epístola, escribió unas palabras cruciales que debemos considerar:

¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungíéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados (Santiago 5:13-15).

Los eruditos bíblicos han debatido el significado y la aplicación de estos versículos, pero podemos estar seguros de los siguientes principios:

1. Si está sufriendo o está enfermo, debe orar.
2. Pídale a creyentes maduros en los que confie que oren por usted.
3. Crea que Dios tiene el poder de sanarle si eso es lo que Él decide hacer.
4. Cuando ore y hable con otros de su enfermedad, es apropiado que evalúe su relación con Dios para ver

si su enfermedad se debe a los efectos de un pecado deliberado y si Dios lo está castigando. Si es así, debe confesar su pecado.

¿Qué sabemos con certeza? Herb Vander Lugt, uno de los escritores de *Nuestro Pan Diario*, dice lo siguiente:

1. «Dios lo sanará.» Ya sea en esta vida o en la venidera, Dios aliviará su sufrimiento (1 Corintios 15; 2 Corintios 4:16-5:1).

2. «Dios se duele cuando usted sufre.» Esta verdad queda demostrada poderosamente en la vida y muerte de Jesucristo, el Hijo de Dios. Jesús soportó dolor y sufrimiento físicos. Él sabe muy bien por lo que usted y yo estamos pasando (Hebreos 4:15, 16).

3. «Dios sabe por qué sufre usted.» Aunque Job no entendía por qué tenía que soportar dificultades tan increíbles y dolor físico, Dios sí sabía por qué. A

veces hemos desobedecido reglas básicas de buena salud. O podríamos estar enfermos porque estamos viviendo en pecado y Dios nos está disciplinando (1 Corintios 11:29,30; Hebreos 12:6). Dios no promete a nadie una vida libre de sufrimientos, y si permite el dolor en nuestras vidas, podemos estar seguros de que tiene buenas razones.

4. «Dios tiene el control.» Esto no quiere decir que Dios es la causa directa de todo daño o enfermedad. A veces la culpa es de Satanás o de las leyes naturales que Dios ha establecido en el universo. Independientemente de lo que Dios escoja hacer —ya sea que decida sanar o no— podemos estar seguros de que nos dará la gracia para manejar cualquier cosa que Él permita. El apóstol Pablo, después de orar repetidamente para que el Señor le quitase una dolencia,

dijo que Dios lo confortó diciéndole: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré para que repose sobre mí el poder de Cristo» (2 Corintios 12:9).

¿MÁS ARMAS?

Los movimientos actuales que hacen énfasis en las señales, las nuevas revelaciones y las sanidades también hablan mucho y a menudo de batallas espirituales. En esto también necesitamos discernimiento.

A Satanás le agrada que seamos extremistas. O pensamos muy poco en él, o pensamos demasiado. O pensamos que estamos fuera del alcance de su influencia, o nos imaginamos bajo un constante bombardeo satánico. O somos prontos para echarle la culpa a Satanás de los problemas emocionales o físicos, o no lo vemos detrás de ningún problema. O creemos que somos incapaces de lidiar con él, o que él nos tiene

miedo. O pensamos que no tenemos poder contra él, o imaginamos que tenemos el poder en nosotros para insultarlo y amedrentarlo. Pero, ¿qué dice la Biblia?

¿Cómo se relacionan los seres humanos con el mundo de los espíritus? La Biblia dice muy poco acerca de la manera en que interactuamos con los ángeles y los demonios. Deja poca duda de que el mundo de los espíritus y nuestro mundo físico están entrelazados en una realidad, y de que lo que sucede en una esfera influye lo que pasa en la otra. Sin embargo, Dios no nos ha dado mucha información acerca del mundo invisible.

Sí podemos vislumbrar el mundo de los ángeles cuando leemos la Biblia. En el Antiguo Testamento, los ángeles se mencionan muchas veces como mensajeros de Dios y como los que ejecutan las órdenes de Dios. Y en el Nuevo Testamento leemos también de ángeles buenos que trabajan

invisiblemente para lograr los propósitos de Dios en un mundo habitado también por una hueste de espíritus malvados bajo el liderazgo de Satanás.

El apóstol Pablo reconoció la influencia que ejerce el mundo de los espíritus en este mundo cuando escribió: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12).

Y por el lado positivo, el autor de Hebreos reconoció a los ángeles buenos como «espíritus ministraldores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación» (Hebreos 1:14). Los santos ángeles de Dios trabajan para nuestro bien.

Recientes novelas cristianas que han sido best-séllers tratan imaginariamente de lo que

podría ser la interacción entre nuestro mundo y el oscuro mundo de los espíritus. Los libros pueden ser buena literatura, pero no se escribieron con la intención de que fuesen buenas fuentes de teología. No obstante, he escuchado a personas hablar como si esas novelas fuesen descripciones precisas de cómo están en conflicto el mundo humano y el de los espíritus.

Luego están los líderes religiosos que sospechan que los demonios se ocultan detrás de casi todo problema emocional o físico. Cuentan cómo han conversado con demonios y han echado fuera a muchos de una persona en varias sesiones.

Sin embargo, excepto por los encuentros directos que Jesús y los apóstoles tuvieron con demonios cuando los echaban fuera de las personas, la Biblia no habla de interacciones tan dramáticamente visibles ni audibles. Es significativo que las cartas del Nuevo Testamento no

contengan instrucciones para exorcizar demonios, y que el Nuevo Testamento no sugiera nunca que los creyentes puedan ser controlados por demonios.

El maestro bíblico R. C. Sproul trata este asunto en su libro *Pleasing God* [Cómo agradar a Dios], y al respecto escribe lo siguiente: «En algunos círculos cristianos ha surgido un nuevo interés por los ministerios de liberación. Algunos de estos ministerios de liberación han desarrollado una extraña perspectiva de la posesión demoníaca y su liberación que además no tiene fundamento bíblico alguno . . . He escuchado grabaciones de ministros de liberación bien conocidos en las cuales enseñan a reconocer las señales de la partida de un demonio. Por ejemplo, un suspiro indica la partida del demonio del tabaco . . . Hay demonios para cada pecado concebible. No sólo es preciso exorcizar a cada uno de estos demonios, sino que existen procedimientos

necesarios para impedir que vuelvan a diario.

»No conozco una manera amable de responder a esta clase de enseñanza. Es un disparate. En ninguna parte de las Sagradas Escrituras se halla ni la más mínima insinuación de esta clase de diagnóstico demoníaco. Esas enseñanzas entran en la esfera de la magia, lo que hace mucho daño a los creyentes embaucados por ellas. Lamentablemente, prestar demasiada atención a Satanás y a sus demonios significa menos atención a Cristo. Eso debe agradar a Satanás, aunque no agrada a Dios . . .

»Todo este énfasis en Satanás y los demonios tiende a desviar nuestra atención de otra amenaza real: nuestro propio pecado . . . No podemos culpar ni responsabilizar a un demonio controlador de nuestro propio pecado . . . Podemos decir que somos tentados o incitados o seducidos por Satanás, pero no que somos controlados ni coaccionados por él» (*Pleasing*

God, Tyndale House, 1988, pp. 90-92).

¿Cómo se oponen Satanás y sus huestes a

Dios y a su pueblo? Satanás es nuestro adversario (1 Pedro 5:8). Sus demonios ciegan a los incrédulos para que no conozcan la verdad (2 Corintios 4:4; 1 Timoteo 4:1; Apocalipsis 12:9). Influyen a la gente para que tome malas decisiones (1 Crónicas 21:1; Mateo 16:22,23; Lucas 22:3, 4; Hechos 5:3). Controlan a algunas personas (Mateo 8:28; 17:14-21). De alguna manera, gobiernan e influyen a muchos líderes nacionales (Deuteronomio 10:10-21). A veces producen enfermedades (Job 2:6-8; Mateo 9:32,33; 12:22; 17:15-19; Lucas 8:27-29; 13:11-17). Son los autores de las herejías (1 Timoteo 4:1-5; 2 Corintios 11:3,14; 1 Juan 4:1-3).

¿Qué podemos hacer en la batalla espiritual? En vez de invitarnos a iniciar confrontaciones directas con espíritus malignos, la Biblia nos

llama a optar por ser leales a Dios y usar las poderosas armas espirituales que menciona Efesios 6.

Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos (vv. 14-18).

La armadura incluye:

El cinto de la verdad: debemos conocer la verdad, afirmar nuestra creencia en la verdad, hablar la verdad y responder a los problemas y desafíos de la vida con la verdad.

La coraza de justicia:

debemos escoger hacer lo que es correcto a los ojos de Dios.

El calzado del evangelio de la paz: esto puede referirse a la seguridad de que estamos en paz con Dios, o tal vez se refiere a estar preparados para servirle en cualquier momento.

El escudo de la fe: hemos de vivir por fe, escogiendo continuamente confiar en Dios y no creer las mentiras del enemigo.

El yelmo de la salvación: hemos de recordar que nuestra salvación es segura.

La espada del Espíritu: debemos conocer y usar la Palabra de Dios.

El poder de la oración: aunque no es una pieza de la armadura como tal, Pablo hizo hincapié en la necesidad de orar constantemente. Por medio de la oración expresamos nuestra lealtad y sumisión a Dios y nos apropiamos de la fortaleza que Dios

desea darnos.

Además de lo que Pablo escribió en Efesios 6, el apóstol Pedro dijo:

Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo (1 Pedro 5:8,9).

Pedro exhortó a los creyentes a permanecer firmes y a resistir al diablo. Él conocía demasiado bien la poderosa influencia de Satanás. Poco después de que Jesús le dijese a Pedro que Satanás lo «zarandearía como a trigo» (Lucas 22:31), negó al Señor tres veces (vv. 55-63).

Santiago nos dio una instrucción similar en su breve carta. Dijo: «Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros» (4:7). Santiago no nos dio una fórmula muy elaborada para luchar contra los

ataques de Satanás. Tampoco nos dijo que insultásemos a Satanás ni que recitásemos alguna frase cristiana clave. Simplemente dijo «resistid», y Satanás huirá.

Después que Jesús hubo pasado cuarenta días en el desierto, el diablo se acercó a Él y lo tentó varias veces (Mateo 4:1-11). Jesús no hizo nada espectacular, sólo citó las Escrituras. Afirmó su lealtad a la voluntad del Padre, reafirmó la verdad, y resistió las mentiras de Satanás.

Algunos podrían decir que ciertos métodos para lidiar con demonios deben ser buenos porque parecen dar resultado. Sin embargo, el pragmatismo no es una prueba. Un método no es bueno simplemente porque parece dar resultado. Incluso las religiones no cristianas y las sectas aparentemente logran echar fuera demonios. La Biblia da un ejemplo de ello en Hechos 19:13-16.

Con el poder del Espíritu Santo dentro de nosotros,

necesitamos someternos a Dios, confiar en su fortaleza, y dejar que el diablo sepa que no queremos nada con él.

¿Cuáles son las verdades básicas que hay que recordar? En resumen, he aquí algunos principios:

- Confíe en la Palabra de Dios.
- No derive su teología de experiencias ni de lo que parece dar resultado.
- Reconozca el peligro de intentar comunicarse con demonios.
- Recuerde que «mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (1 Juan 4:4).
- Sométase al Señor.
- Resista a Satanás y huirá de usted.
- Ore siempre.
- Póngase la armadura que Dios ha provisto.

GRANDES EXPECTATIVAS

En esta época del Espíritu, Dios quiere obrar poderosamente en nosotros y a través de nosotros. Quiere transformarnos y hacernos más como Cristo. Su meta es hacernos embajadores llevados por el Espíritu y llenos del Espíritu, para ayudar a la gente a encontrar la verdad liberadora del evangelio y el gozo de vivir para Cristo. Individualmente y como iglesias, necesitamos demostrar la realidad del poder que tiene el Espíritu de transformar vidas.

Sin embargo, para vivir esa clase de vida necesitamos primero estar conectados a Aquel que es fuente de poder, por medio de la fe en Jesús como nuestro Salvador y Señor (Juan 3). Cuando aceptamos su perdón, que es gratuito, el Espíritu viene a morar dentro de nosotros

(1 Corintios 12:13; Romanos 8:9,15,16).

Pero ahí no termina la historia. No vivimos felices para siempre sin luchas ni esfuerzos. Hemos de negarnos diariamente al pecado y decir Sí a Dios (Romanos 6:11-13), sometiéndonos al Señor y pidiendo ayuda al Espíritu de Dios que mora dentro de nosotros (Efesios 5:18).

Si dependemos diariamente de Su Espíritu, encontraremos ese «algo más» que hemos estado buscando. Podemos esperar que vamos a experimentar la poderosa obra del Espíritu y a encontrar gozo y satisfacción a medida que aprendamos de la Palabra de Dios, pidiendo con fe tanto salud como gracia para resistir, y dependiendo de nuestra armadura espiritual para que nos proteja del maligno.